

LA NATIVIDAD DE JESÚS

1ª lectura (Isaías 52, 7-10): *Escucha: tus vigías gritan, cantan a coro.*

Salmo (97, 1b-6): *«Los confines de la tierra han contemplado la salvación de nuestro Dios»*

2ª lectura (Hebreos 1, 1-6): *Hijo mío eres tú, yo te he engendrado hoy.*

Evangelio (Juan 1, 1-18): *Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros.*

En Belén es de noche. Es de noche para los pastores, cansados de la dura jornada, una más, y de que el patrón exija más que lo que paga; pastores cansados de desprecios y de vivir sin esperanza. Hace tiempo que los sueños huyeron de su corazón y su lugar lo ocuparon las envidias, frustraciones y rencores.

También en nuestra pequeña vida es de noche: noche de mediocridad y somnolencia existencial, de codicia, de tener, de disfrutar, de aparentar... En nuestro mundo es de noche: noche de guerras, odios, víctimas, desigualdades infames, abusos y desprecios... Es de noche en Belén y también aquí es de noche.

Pero, en medio de la noche, apareció una luz, amaneció la luz. Una luz tan frágil que pareciera que cualquier mal sople de aire pudiera apagar. Es un niño. Es Dios. Dios es un niño, se ha hecho niño. Dios ha elegido ser un amor, en los márgenes de la vida, en un establo, en un pesebre, entre unas pajas, junto a unos pobres. El amor de todos los amores. Increíble misterio.

Los de la posada, habituados al ruido de la noche, no pudieron sospechar quién llegaba en silencio, por eso no había sitio para ellos; como tampoco lo pudieron sospechar en el palacio de Herodes, encerrados en su noche del poder; ni lo imaginaron llegar en el templo de Jerusalén, cegados por el orgullo de creer saberlo todo sobre Dios.

No nos dejemos engañar por los tramposos y embaucadores de la noche que, al abrigo de sus sombras, crean mentiras para que se las traguen los pobres y sigan viviendo como esclavos; que venden placeres fáciles y felicidad por dos euros, mientras llenan sus arcas de dinero a cuenta de las desgracias ajenas, de las muertes ajenas. La luz del amanecer descubrirá sus artimañas.

No temáis, os traigo la Buena Noticia. No. No tengamos miedo porque ha amanecido una luz que lo será para todos. Este niño será mi luz y me salvará de todas mis muertes, de mis perezas, envidias, frustraciones, violencias. De todo lo que en mí es noche, oscuridad y muerte. No tengáis miedo, pastores, no tengáis miedo, hombres. A vosotros se os ha concedido la gracia de conocer la luz del amor sencillo, del amor sin defensa, del amor de Dios, que lo es para todos. ¡Para todos!

La noche ya no tendrá la última palabra en las posadas de la inconsciencia y del ruido que adormece, ni en los palacios que pisotean a los pequeños, ni en los templos vacíos de Dios. La última palabra será este niño y su luz disipará todas las sombras. Una luz que seguirá iluminando el mundo en los limpios de corazón, en los misericordiosos, en los pobres de espíritu. **¡Hermanos, vayamos a Belén!**

Es Navidad. Dios está entre nosotros, ahora y siempre. Hemos sido agraciados y tenemos la suerte de que Dios nos ha creado, elegido y compartido su vida para que tengamos vida. Esto no es nuevo, es una constante: creemos en Dios Creador de todo lo que somos y tenemos, que nos da lo mejor, a su propio Hijo Jesús, nacido en la sencillez de un portal, para que todos vivamos en la grandeza de ser hijos de este Hijo, que se hace ternura y pesebre.

Siempre ha hablado Dios ¡si es un Padre, y los padres hablan! Hablan las personas, se comunican y expresan. Pues Dios no se cansa nunca de hablarnos, de corregirnos, de perdonarnos, de mostrar su voluntad, la vida de los hombres, y su deseo de hacer, de todos, un solo pueblo y una familia. Toda la historia de la salvación nos muestra ese amor entregado de Dios a los suyos.

Y ahora, si quedaba alguna duda, nos ha hablado por su Hijo. Que Dios no es una idea: es una presencia que nace, acampa entre nosotros, se muestra, está ahí para que lo acojamos y vivamos en su luz. Un Hijo nos ha nacido y se nos ha dado, eso sí, en la sencillez, en la pobreza/riqueza de un recién nacido. Adórenlo todos los ángeles de Dios, y también nosotros, porque ante tanta grandeza solo cabe la adoración (que no es humillación, es reconocimiento).

Por la Palabra que era Dios se ha hecho todo, y en ella hay vida. Qué misterio el de la libertad humana. Elegidos por Dios para la vida plena, preferimos las tinieblas. Nace Dios y no le recibimos, y andamos ocupados con otras cosas: ¡fiestas de Navidad!, apariencias, cenas, cerrazón, consumo. Y siempre aparece la pregunta: ¿Pero que celebran los que no “celebran nada”? Porque para muchas cosas que hacemos parece que Dios no se tendría que haber molestado. Y hasta creemos que no se puede hacer nada para vivir las “Navidades” como lo que son, como un misterio de amor y entrega. ¡Un Dios que se hace hombre entre nosotros! Otra tarea para todos: recuperar la Navidad, la de los cristianos, la del Dios entre nosotros, sabiendo que, si así lo hacemos, nos da poder para ser sus hijos.

Dónde está Dios, nos preguntamos tantas veces. Sobre todo, cuando los problemas crecen y tanta gente sufre la marginación, la guerra, el abandono, el hambre, el desamor, la soledad. Pues Dios está entre nosotros, en su Hijo que ha nacido. Porque Dios ha acampado entre nosotros y estamos llamados a acogerlo con entrega y apertura, a llevarlo a los hermanos. Jesús está entre nosotros, en su casa -el mundo y la vida-. ¡Sí!, tenemos que creerlo, ¡está entre nosotros! Esta es la Navidad, la de los hijos en el Hijo que trae la Paz y la Verdad.